

Norte y Sur

Manuel Campa

Durante las últimas fiestas navideñas, no faltó, en muchas familias asturianas, la discusión sobre si debía ponerse el Nacimiento o el árbol de Navidad. ¿Una discusión inútil? Yo creo que no. Es preferible preguntarse por estos temas, antes de aceptar, por las buenas, lo que nos anuncia la TV o lo que nos imponen las grandes superficies comerciales. Mejor que la gente joven dedique unos minutos al complejo problema de nuestra herencia cultural, a que acepte, sin más, el repertorio del gran boulevard de compras: fast food, bowling y una película modelo Rambo.

Durante largos años, no se discutía la exclusiva del belén: todo parecía venir del Mediterráneo y no pocos historiadores nos mostraban como unos romanos venidos a menos y desmemoriados. Las formas culturales de origen atlántico estaban entre nosotros como de polizón, ya que por proceder, en buena parte, de pueblos ágrafos, gozaban de muy poco predicamento entre los historiadores. Pero los arqueólogos mostraron, muy pronto, que, por ejemplo, la cultura castreña del noroeste o el arte rupestre de la cornisa cantábrica no podían explicarse desde una perspectiva mediterránea. Los estudiosos del folklore, por su parte, advirtieron que no puede ser casualidad la gran semejanza entre la música tradicional de los llamados –propia o impropriamente- países celtas. Por un movimiento bascular, tan frecuente en la historia, surgió una moda cultural que ponía nuestra identidad, totalmente, en nuestra herencia atlántica. Hoy, la discusión va decantándose en unos términos de reconocimiento de la complejidad de esa herencia. Muchas familias asturianas han llegado a una solución satisfactoria de la discusión hogareña entre Nacimiento o árbol de Navidad; han instalado los dos: un mini-Nacimiento de tres o cuatro figuras y una miseria de árbol. No está mal, ya que esa solución respeta dos de nuestras herencias culturales básicas.

No cabe discutir la legitimidad histórica del Nacimiento, después de tantos siglos de continuidad entre nosotros, tras su legendaria creación por San Francisco de Asís. Pero tampoco cabe olvidar la riqueza totémica de nuestras tradiciones: texus, carbayos, y hasta nuestro himno, más significativo por su origen anónimo, “tengo de subir al árbol...”. La leyenda bretona de que a Parsifal se le apareció un árbol lleno de refulgentes luceros es una visión que compartieron muchos asturianos, cuando regresaban, a pie o a caballo, un poco alumbrados, de las romerías. Y qué decir de la leyenda, según la cual, cuando el monje inglés Winfrid -evangelizando Germania, en el s. VIII- taló un roble y brotó, en el mismo lugar, un abeto. Este milagro es tan frecuente en Asturias que ya es por demás. Hay que detener el prodigio porque, si no, acabarán desapareciendo robles, castaños, hayas, abedules..., y no surgirán más que abetos, pinos y, sobre todo, eucaliptos. Demasiado milagro para una vez. Así que mantengamos el Nacimiento, pero también el árbol, todos los árboles. Nuestra herencia cultural es compleja, por lo que toda simplificación es peligrosa. Tampoco hay que pasarse con los milagros. Ni sólo es válido lo que nos vino del Mediterráneo, ni sólo lo que nos llegó de los países atlánticos septentrionales. Norte y Sur.